

estas intervenciones críticas, por distintas que sean entre sí y de los poemas que generan, consideran el problema en términos de refugio, umbral, habitación, lugar, verdadero lugar, etc. Tal trama metafórica es elocuente respecto al imaginario que preside dichas representaciones, la consciencia de «clausura» que la poesía tiene de sí misma. «El novedoso reparto de naipes que caracteriza al actual paisaje de la poesía presenta el gran interés de traer a primer plano la cuestión de la habitación poética», escribió en 1995 Jean-Claude Pinson en un decisivo ensayo, justamente llamado, siguiendo a Hölderlin, *Habitar como poeta*¹⁹. En el extremo opuesto, le responde Christian Prigent: «(...) hacer literatura (poesía) tiene hoy un sentido (...) partir de esta base: para DISEÑAR UN LUGAR de indecisión, un espacio de indeterminación del sentido, para atestiguar sobre ESE LUGAR (y afirmar que ESE LUGAR ES ESPECIFICAMENTE EL LUGAR...HUMANO)²⁰.

Pensar la efracción de la poesía es disponer diferentemente de su energía. La doble puerta de la torre de marfil ha sido apalancada. Se produce algo como un desencaje: la poesía sale de su encierro, de su claustro, de su «verdadero lugar», abandona sus abolidas miniaturas, sus esmaltes y camafeos, a favor de otras realidades más agresivamente demandantes. Haciéndolo, se dispersa, quizá se pierde o se extravía. Algunos lo temen, otros lo deploran: «Tentación del afuera» escribe Michel Jarrety «que conviene conjurar, porque es también de su dispersión y de la nuestra» (lugar citado en la nota 20). Entonces: hay dos fórmulas, las de Deguy y Jarrety, ambas preceptivas: «conviene, es necesario que...» Preocupan la suerte de la poesía, su futuro, su dirección. Asimismo, se considera lo que puede haber de axiología, por no decir de ideología, detrás de tales posiciones: deseo de hospitalidad y recepción, riesgo de dispersión y pérdida de identidad, el texto de Jarrety se llama «Las identidades de la poesía». Lo leyó en un coloquio sobre «¿Dónde va la poesía francesa al comienzo del tercer milenio?» En efecto: ¿dónde va? ¿No corre el peligro de extraviarse?

La entrevista concedida por Deguy se titula «La poesía desmadrada» y se inquieta, asimismo, por el peligro de la dispersión: «Pienso más bien en esa dispersión de palabras y sonidos que caen fuera de toda lectura posible para describir de manera más caricaturesca ciertas producciones poéticas de hoy. ¿Es deseable volver el río con sus arro-

¹⁹ Jean-Claude Pinson: *Habiter en poète, Champ Vallon, Seyssel, 1995.*

²⁰ Michel Jarrety: «*Les identités de la poésie*», pp. 97-110 de *Où va la poésie française au début du 3^e millénaire?*, edición de Giovanni Dotoli, Schena Editore, Bari, 2002, p. 110.

yos a su madre? Me lo pregunto» ¿Cuáles son esas maneras de escribir poesía —o de no escribirla— que pretenden escribir algo que se sitúa en su campo, lo suficiente, al menos, como para amenazarla desde el interior (pues tantas cosas se escriben por ahí, nombrables e innombrables, que nada tienen de poesía, ni pretenden tenerlo y, en consecuencia, no amenazan su identidad)? Unas escrituras que, desde el interior de la poesía harían una poesía sin poesía, desafiando a la poesía. Según Jarrety, Prigent confunde lo moderno con lo ilegible hasta el punto de convertirlos en sinónimos. Así la poesía se ve amenazada por un idiolecto en el cual ningún lector podrá reconocerse. Tal práctica que se excluye de la comunidad poética, es vista por Jarrety como una radical extrañeza y, por ello, condena la inquietante tentación del afuera.

Para Deguy, el riesgo es un desmadre del poema escrito, de la frase, del fraseado de la lengua que la poesía escribe en el poema, que no está asegurada por ningún academicismo retórico sino por una «prosa llevada por el desgarramiento o la dislocación, en flujos que transgreden a veces las normas de buen uso, por ejemplo las de puntuación, que se dan por supuestas y resultan subrayadas. Es un fraseo siempre eufrásico y acezante»²¹. Se trata de un fraseo amenazado por provocativas disonancias: «Si es para archivar la lengua y sustituir la ilusión de los poderes especiales de la versificación por la vociferación idiosincrática o el retruécano, o la técnica tipográfica del significante, nada se gana con el cambio» (lugar citado, página 112).

La cuestión es, entonces, la del zócalo de la poesía, su núcleo duro: lo legible para Jarrety, el fraseo para Deguy. De hecho, es la cuestión del sentido pensada con mayor o menor amplitud, según la capacidad de acogida que se adjudique a una gramática perturbada, sabiendo, por otra parte, que dicha perturbación en el fraseo que inventa es, a la vez, susceptible de generar un exceso de sentido o de disolverlo completamente.

La poesía sin domicilio fijo

De una manera simplificadora pero aclaratoria, se podrían poner en evidencia los movimientos contrarios que animan la búsqueda y las prácticas poéticas desde hace dos siglos. Unos intentan volver la poesía hacia sí misma, haciéndola absoluta²² o una mística, otros tratan de dis-

²¹ Michel Deguy: *L'impair*, Farrago, Tours, 2000, pp. 26-27.

²² Ver Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy: *L'Absolu littéraire. Théorie de la littérature du romantisme allemand*, Seuil, Paris, 1978.

locarla y abrirla al mundo. De un lado, el romanticismo, el simbolismo, cierto neoclasicismo, la poesía de la presencia, concepciones de la poesía que apuntan a lo sublime y le atribuyen una intención especulativa u ontológica; del otro, el Baudelaire de los *Poemas en prosa*, Rimbaud, Lautréamont, las vanguardias históricas, el tomar partido por las cosas. Se podría hacer una historia contrastada de la poesía, constantemente cuestionada, refundada o reinventada sin cesar, a la cual conviene perfectamente la teoría de Eugenio d'Ors sobre el cíclico encadenamiento de dos estéticas contrarias, la clásica y la barroca. Pero sería un repliegue mutuo de estéticas muy distintas y que a menudo se excluyen, y desconocer las ambivalencias, por ejemplo las del surrealismo, vanguardia abierta al mundo pero que lo encierra en la sublime esfera del amor-la poesía o del comportamiento lírico defendido por Breton. Sería ignorar su conflictiva copresencia en el mismo tiempo, como la reciente querrela de los neolíricos y los textualistas, por dar un solo ejemplo.

Pero, sobre todo, sería no ver que los dos principios –refundación, reinención–, las dos energías, intensiva y extensiva, el recentramiento y la dispersión, no existen la una sin la otra. Es lo que la noción de efracción dice de nuevo, de añadido y de diferente en relación con el dualismo conceptual ya muy bien puesto en evidencia por diversos estudios, entre los cuales cuentan el de Claude Esteban y el de Jean-Claude Pinson. Hasta las formas más afortunadas o iconoclastas de la poesía no se conciben sin la representación implícita del santuario que han violentado. Cada una de ellas postula su mito, aunque deshecho y descreído. «¿Cómo se podría conocer la ley y comprobarla realmente, como se la podría obligar a manifestarse, a ejercer plenamente sus poderes, a hablar, si no se la provocara, si no se la forzara en sus repliegues, si no se fuera resueltamente cada vez más lejos hacia el afuera del cual ella siempre está alejada?» se pregunta Michel Foucault en *El pensamiento del afuera*²³. ¿Qué hace que un poema en prosa sea un poema, sino que se escribe con la memoria del verso y contra ella? Sin esto, sería prosa o relato, noveleta, meditación, ensueño o discurso, *ad libitum*, pero no poema en prosa. Cuando lo propone, Baudelaire fractura la tradición poética, para él se trata de poder usar «tonos, matices de lenguaje, el tono razonador, el sarcástico, el humorístico, que la poesía repudia, que son como disonancias, ultrajes a la idea de belleza

²³ Michel Foucault: *La pensée du dehors*, *Fata Morgana*, Montpellier, 1986, p. 34.

pura» pero, en su gesto no renuncia sin embargo al «milagro de una prosa POÉTICA (...) lo bastante leve y dura como para adaptarse a los MOVIMIENTOS LÍRICOS DEL ALMA, a las ONDULACIONES DEL ENSUEÑO, a los sobresaltos de la consciencia»²⁴.

De una exigente idea de la poesía procede la propuesta de Rimbaud: apretar la realidad rugosa. Apollinaire, elevando el prosaísmo del mundo a su dicción lírica, y Reverdy, inventando una nueva sintaxis dentro del espacio de la página, han realizado ciertamente sus efracciones, pero sin dañar la poesía ni renunciar a ella, todo lo contrario. Deguy, sensible a las cuestiones de lugar en su primer libro *Poemas de la península*, dice: «Escribo desde este lugar – palabra retirada de los para-jes donde lo que ven los demás reanima su aliento y los mantiene vivos (...) Escribo desde este lugar, casi ciego. A veces un vidente me conduce hasta el vado»²⁵. Pero ya persuadido de que «el centro está afuera», abre insistentemente el poema a la circunstancia: «El principio de la poesía es un principio de hospitalidad. La poesía es el huésped de la circunstancia»²⁶. Justamente, porque estas energías están constantemente en tensión en los textos de este volumen de la serie *Écritures contemporaines*, no ha intentado presentar un solo aspecto de las cosas, ni fabricar un azaroso cuadro de honor de los iconoclasmos sino que anhela medir, en las prácticas más diversas, cómo se conjugan la invención de una lengua-otra que signa la poesía –o sea que le confiere su singular interioridad– y esta tentación del afuera que le designa el mundo y parece prohibirle todo repliegue sobre sí misma.

Por otra parte, la propia metáfora del repliegue, la acusación de solipsismo o, inversamente, la tentación de la salida, se aplican a veces y conforme a los artículos o a los panfletos, a unas estéticas de lo más contradictorias o bien se atribuyen a una sola forma literaria. Esteban, cercano a Bonnefoy, ha librado batalla contra la excarnación de la poesía: «Es extraño pero explicable desde varios puntos de vista, que la poesía francesa, después de haber rechazado el fundamento moral de una religión convertida en simple dogma, se ha encontrado amurada dentro de otro dogma, más difícil de transgredir, porque es, de alguna manera, inseparable de su misma naturaleza, y que tiene su lugar en las

²⁴ Charles Baudelaire: *Oeuvres complètes*, edición de Claude Pichois, Gallimard, Pléiade, Paris, 1975, p. 276.

²⁵ Michel Deguy: *Poèmes de la presqu'île*, Gallimard, Paris, 1961, p. 115.

²⁶ Michel Deguy: *L'énergie du désespoir ou d'une poétique continuée par tous les moyens*, PUF, Paris, 1998, p. 116. De hecho, esta fórmula insiste como un motivo conductor en todos los libros de Deguy.